

EDUCACIÓN Y POESÍA¹

I

Krysia, una encantadora polaquita, de ojos negros y profunda sensibilidad artística, en quien, con otros rasgos de herencia, se manifiesta el de una enorme atracción a España, me pide versos de mis poetas “que no se parecen a ningunos”. En el orden natural de cuanto existe, el principio de cada vida, el latido primero de la generación, doquiera, es el fascinador misterio de todas las cosas. Las concreciones pétreas a las que se agarra, bajo el secreto de una concha, la lapa marítima; las neveras, cuyos hielos agrietan, para salir a luz, los capullos duros de la flor septentrional, que luego abre sus agudas hojas de terciopelo agrisado; la espiga en la estepa, el nido, el hormiguero, el establo, la colmena, la hoja, las agujas, los abismos y el firmamento, atraen con una partícula del milagro de la creación. Si ascendemos a los dominios espirituales del ser, el sumo milagro nos prosterna. Llama mi observación particularmente el alma infantil, y el despertar, en la adolescencia, de las aficiones y de los gustos intelectuales que el estudio sistemático y la educación en el hogar encauzan sanamente. Creo a todo creer que el niño, al hombre de mañana, ni el estudio ni la educación *dan* un nuevo elemento psíquico de los que trae al nacer; pero lo que sí hace el medio en el que se desenvuelve es vivificar, afirmar o destruir las cualidades nativas, los gérmenes del individuo. El genio nace, el malvado nace también, y el genio puede malograrse, pervertirse y apagarse sin haberse manifestado: el degenerado puede llegar a ser, cultivadas en el medio adecuado determinadas facultades anímicas –latentes en todas las criaturas–, un individuo útil y feliz en su modestia. La escuela, las escuelas, son las que sustituirán las cárceles, la taberna y los centros inmundos a los que se encaminan los escolares, borracha su imaginación con la lectura pornográfica, con la representación *sicalíptica* y todos los afrodisiacos de la moda, impudorosa, femenina. ¡Ah!, pero si la casa, si la familia, no es el auxiliar de la pedagogía, la escuela, con sus admirables apóstoles de la Patria, como lo son en España los maestros, no podrá vencer sola.

Los niñines, encerrados –por mandatos de la inconsciencia– tardes y noches en los teatros, en los *cines*, o paseando, desnuditos de medio cuerpo y amoratadas las piernas por las heladas calles, me asustan, y se me aparecen amortajados en los números de las estadísticas que, sabios no precisamente amigos de España, me enseñan con un adjetivo que hiere...

¹ABC, 13 de enero de 1927, pp. 5-6

Kryisia me pide versos y, pensando en su feliz niñez, en hogar ejemplarísimo, y en sus estudios de futura bachillera, muy serios, pues ocho años dura el Bachillerato en Polonia, una comparación entre métodos educativos y las costumbres del Norte y los nuestros, ha puesto una digresión cordial al comenzar esta página.

A Varsovia van con seleccionadas rimas de Bécquer, las estrofas más bellas de Dicenta, en *Son mis amores reales*, evocaciones castizas de Zurita, preciosidades de Cristina Arteaga, las sorprendentes místicas del joven poeta Sipini y las magníficas poesías de Ardavín, fulgentes y sonoras como los bravos cantos populares.

Y quedo, con su vocecita suave, Kryisia recitará, para ella sola, los versos nuevos de “mis poetas”, y volverá a los que ya conoce del Romancero, de Zorrilla, de Campoamor y de los clásicos. Niña polaca, que, por imposiciones del estudio, aprende con la historia, las literaturas extranjeras, y tan extensamente el latín, que, de memoria, sabe hexámetros y catilinas, formula necesariamente comparaciones de lo suyo, de su historia y de su arte nacional con los de afuera, y es interesante la mentalidad, inspirada por el patriotismo, haciendo juicios ingenuos, que ha de corregir el tiempo; pero Kryisia, que sabe que no tienen igual en grandeza profética y en genialidad descriptiva los poemas de Mickiewicz, particularmente el canto al año 1812, cuando Napoleón se adentraba con sus Ejércitos en los bosques lituanos, Kryisia comprende, a la vez, que son únicos en expresión y en sentimiento nuestras coplas, sin igual nuestro teatro y nuestra lírica magna, y enriquece su instrucción, penetrándose de sus hermosuras. Canturrean sus hermanillos melodías zarzueleras, que mi amiga, la gramola, lanza con regocijo de señores y de criados, en los invernales crepúsculos; la espiritual Ela Balika, diputada en el Sevm, me saluda con estrofas de Manuel Machado, Niklewicz, el fuerte luchador, lleva en su cartera escritas sentencias de Campoamor y de Manuel del Palacio, y Dmowski, el glorioso jefe del nacionalismo, al que Polonia debe las fronteras actuales, aplica a muchos momentos de la historia moderna de su país esas interpretaciones, que, de los de la nuestra, han dejado a la posteridad, con una frase rotunda, poetas y dramaturgos españoles.

Renovando el repertorio hispano para mis familiares y amigos, voy dándoles cuanto recuerdo, y con Marquina, Carrère, Blanca de los Ríos y mis amados trovadores gallegos, surgen a la admiración de esos extranjeros los olvidados, los que, siendo de ayer ya nadie rememora por *snobismo* de modernidad y de indiferencia.

Y Ferral, Rueda, Velarde, Blanco, Asejo, Cavestany y otros de su tiempo, dicen hermosuras poéticas a Kryisia, que dan melodías nuevas a su alma en el amanecer de la adolescencia, y esparcen en los espíritus norteños luz meridiana.

¡Ah! Más que ellos la necesita una parte de nuestra juventud, que ignora o rehúye la belleza literaria y artística... Esa parte integrante de la instrucción española, que, de abandonarse, es con perjuicio del entendimiento, de la sensibilidad y de la comprensión de la vida sentimental.

Sofía CASANOVA